

Nora Bruccoleri

Oído de Pájaros

TESTAMENTO

Y en la solapa elocuente
el hombre con perfil de esquina evocadora
de amarillos almanaques melódicos,
baraja el testamento del tango,
sacudiendo sus brillos y sombras
en nombre de un lugar, de un tiempo, de una historia,
que bien supo honrar la emoción.
Y es un lamento, una promesa, una huella sin linterna,
es la cadencia de cierta medialuna confidente
como anzuelo, como anillo,
para empezar otra vez a bailar las verdades y miserias,
desde el taco prestigioso
que marca el compás sin error al entrañable sur,
sonoro argumento de aquellos que daban vuelta a la vitrola
fundando la sentimental partitura del ayer,
en la encrucijada audaz y cortés de un afinado romance,
cronista embriagado por las sedas de un adiós.

Y en el humo cruel de las apuestas
el tiempo levanta una cuchara fatal
y se agranda de olvidos bostezando irrespetuoso,
mientras nos come el canto del vigor,
junto a la mesa que ya es una larga carta

escrita por arrepentidos y desesperados
con la crudeza barbuda del abandono,
ahora que la tinta es fugaz confesión.

Y con la poesía que pliega y despliega
la respiración de un duende, el bandoneón,
están aquellos obstinados que siendo aún pequeños
espiaban a la orquesta, bebiendo al embrujo
desde la ventana de este triste país.

Están desconsolados viajando en trenes sin testigos,
en trenes perdidos

a la orilla de este fin de siglo,
con el pecho desvelado pero no por los buitres del alcohol,
por el castigo de perder hasta el sombrero
pero no es un barrio de puñales intenso,
de perder las madre selvas de aquella candidez
pero no en un zaguán afiebrado y virtuoso donde ondula el
amor.

Viajan por las arterias del recuerdo con el coraje sin desteñir
y la nostalgia sin cerradura,
con un violín en sus rodillas, como entonces.
Aún gentiles, aún galanes pero malheridos,
por la insolencia casi invisible,
por la demencia en los rituales del día y de la noche,
por el tajo que le han hecho a la memoria
y por apedreas a veces con silencio a nuestra música,
la que tiene un solo vicio, encender la lumbre del corazón.

CABEZA CON PÁJAROS

El hombre debe congrega pájaros en su cabeza,
sí, pájaros que confíen en él
y en los vínculos que tiene la vida
con un canasto de frutas jóvenes,
con amores brillantes
de quienes leen lloviznas
en los huesos de las brasas.
Una cabeza que por credo tenga
mañanas abiertas en el molino del aire.

FOGATA DE NIÑOS

Hijos del fuego con suave olor a pinos.
Dueños de palos colorados de juego.
El dominio del grito en la noche del barrio.
El grito que encuentran al verano
y con la cabeza al sol se cuenta todo el jugo
de tres naranjas a la orilla de la sombra.
Hijos del fuego que persiguen a la leña
por toda la falda de la tarde.
Conversan todos a la vez
con las llamas que huyen traviesas.
La noche descubre que comienza
en sus corridas que la desnudan
y desde alguna ventana
la mira quien añora días de infancia.
Aventura encendida que se va apagando
allí donde se amontona la paja del tiempo.

DUENDES

Ellos aguardan como brasa
y en el humo secretos momentos
se enjoyan en las mejillas ásperas de aquellas mujeres,
que sólo confiesan al sauce pensativo
la ingenua soledad de sus pájaros nocturnos.
Duendes que cortan y cosen lo blanco de la luna,
cuando permanecen en la madera franca de un violín
y luego salen andar como novicios,
que al oler violetas conversan con la silueta fugaz de una nube.
Duendes que traducen levaduras
y en un idioma de hinojos, leña y miel,
con el suspiro de andar entre hongos y conejos,
suben por las piernas y nos penetran de mar,
casi como un hijo nuevo.
Con la nobleza de pan casero horneando en los ojos
y el amor como agua limpia refregándolo al sol,
ellos se embarran las rodillas
junto a tréboles que espían el camino,
para tallar con la magia de la sangre
un credo sordo a los dioses y enmarañado de jilgueros.

EL HOMBRE QUE PLANTA ARBOLES

Ese hombre que planta árboles hunde la mirada en lo oscuro
y vuelve aprender de la tierra dándola vuelta.

Por eso lo veo desde esa quieta y pequeña ventana,
salir con la herramienta virtuosa, con la verdad serena
y cavar en lo más íntimo que escribe la vida.

Aquello que no se escribe.

Ese hombre que planta árboles tiene un credo
que sol desnuda la lluvia, el futuro,
y con él le da sentido al beso
que la mujer y el hombre custodian desde siglos.

El sabe que no hay fin para la piedra que espera,
para el agua que decide,
para el amor que se hace de madrugada intacto.

Se detiene en la sombra que vendrá
y desde allí enseña la música escuchándola,
apoyado en el tronco de ese mundo que crece por crecer nomás,
por acompañar y ser testigo verde
de aquella gente que sale a mirar el cielo
y se queda con estrellas en los bolsillos.

Ese hombre que planta árboles tiene el misterio
de la savia que empuja subiendo, iluminando.

Ordeña la fruta que dará vigor a su espalda,
deja su voz vegetal, ininterrumpida en los brotes de mi blusa
y como el pájaro negro en el aire,
noble de sonidos, erguido de mensajes,
empuña los huesos de poema,
cuando le toca la cara el sol que atraviesa
el bosque de los años.

SILENCIO

A veces el silencio es un suicidio.
Deletrear parada este constante balanceo
de arrugas y borras silbantes,
es la vejez que anida en mi vino,
en mis pelos morochos de frío.
Decir tu nombre
y no leerlo en la vecindad de mis aguas,
en aquellas campanas despeinadas
es una estepa pariendo hartazgos,
un tirano con la mueca de sus gritos,
la loca que borda luces.
Por ello la muerte se bebe matando tu voz

JAZMIN

A la cascada de la palmera
Jazmín confía la fortuna de su inocencia.
En la orilla de la isla
ella balancea su silueta delfinezca.
Mientras el sol por deleitarse en su pureza,
se lanza puntual enalteciendo su piel
con el argumento amarillo de su vejez.

SUSTENTO

Sustento la poesía como la floresta y la victoria.

Me acostumbro a ser cadencia de sus largos pinceles.

Casi una alondra.

Un racimo guardado para el juglar de remotas fragancias,

Costumbre que tiene por sangre ser batalla ante el enigma.

De allí siempre retorno

cavada por el beso que principia el reparto del sol.

Sustento la poesía discutiendo con el olvido

y sus rosas oxidadas.

Antes del entierro, cuando escampa el tomar y dejar,

descifro el frío de sus lenguas dominantes.

Así apoya sus codos el destino, al amparo de lo que fue,

como el mosto y su historia, mirando con ojos fugaces

de ave que se repliega leal a lo que vendrá.

Cuando se tala la inquietud

y el quejido vegetal es una forma de agonía humana,

tiene sólo sentido el lenguaje del barro.

Sí, vuelvo a embarrar las culpas

si se retacea la vida que lame el vidrio de mi puerta.

El barro desarma siempre

la trenza endiablada de la crueldad.

Y eso es poesía.

Así como tus manos que huyen de la noche,

del cañaveral de mi deseo.

Peligro si parcelan los pasos del atardecer,

si digo tu risa y la derriban.

Si el humo del abandono oficia de insomnio.

Si no se ve la mesa vacía

que escardilla la serena majestad,

que sólo tienen los campesinos.

Así el demonio se concentra y las botas de la locura

se aburren de vigilar el paraíso.
Entonces en él bebo café con leche
y me acerco a oler mis violetas,
cuando la fragua emerge por incontables gallos
y surge el pacto de sienes y relojes,
ese que airea juegos, sábanas, trabajos.
Fraguas del día.
Treguas de la luna.
Cómplice del único instante que triza los espejos
me encuentro a salvo, sustento la poesía.

LOS TRABAJADORES

Es la porfía de los pájaros
la que se enreda en la penumbra de la nueva mañana
y los despierta.

Es el canto con su alfarería prodigiosa de sentires.
Entonces los trabajadores
comienzan a bruñir sus honestas miradas,
cuando ya de pie sirven un desayuno
de vigores y esperanzas.

Y se los ve pasar atrevidos y capaces,
tolerantes pero memoriosos,
a tostar sus tiempos en la labor pactada con el sol
entre la multitud y sus sueños.

Se los ve pasar en la cristalina y necesaria crónica
que el gigante invisible de la calle ordena y empuja.

Los trabajadores son mujeres y hombres
que ordeñan al día con sus firmezas,
con sus sanos cansancios verticales
y llegan al reposo
con las manos vueltas colmenas o campanas
para hallar el hechizo nocturno del amor.

Los trabajadores calman al misterio
cuando con él se enraizan en sus obras.

Ellas son manantiales, licores, candelas,
donde cada nacimiento tiene un sitio venturoso.

Obras de hombres y mujeres que derraman certezas.

Trabajadores que suelen recoger de regreso a casa
unos cuantos guijarros, para que los hijos jueguen
con el profundo peso de sus jornadas.

BATALLA

Pasos ininterrumpidos

quizás hacia el mismo sitio,

son las olas,

ellas derraman su paño de cristales

y borran con la ligereza de la fuerza nuestras pisadas

sólo las que hacen la historia de los instantes.

Por esto las algas enredan algún recuerdo,

el más fugaz pero también el más plural.

Un barco salva al horizonte con su dibujo ondulante

y la espuma insiste,

insiste como la madera que regresa

a las manos de otros niños

con un nuevo retrato del oleaje.

La espuma es la madrina de esta batalla,

faldas y faldas con el vaivén de los hallazgos

y en algún rincón se oxida.

Es un huerto del océano,

allí se permiten los antiguos amantes

plegar las alas y hundirse

para estallar en la maravilla de una ola.

EL PESCADOR

Miró con irreverencia.
Miró con libertad.
Caminó conversando con distancias.
Y abrazó la borrachera a un barco que nunca arribó-
Luego la arena acomodó su cuerpo de costado,
casi derrumbado,
con la dignidad del que sabe permanecer en el mar.
Y por último se encaminó humeando
hasta su casucha de la playa graneada,
con la inclinación del ave que lo salva
por el vuelo sobrio desde la negra isla.
Se encaminó con la tarde
y la llevó contra las rocas del amparo y la soledad.
Lo recibió su gran perro,
que a saltos apoyó la nobleza en el pecho salino
de aquel hombre que sólo pudo convidar humo.

FANTASMAS

Debo arrastrar de la noche, de la reciente mañana
al soborno, a la demencia, a la traición
que atenta contra mi hiedra de poeta,
de mujer andante con asombro de alhucema.
Fantasmas.
Debo tenerlos sujetos a la franca luz,
hacerles mirar la verdad y el contrapeso de los amores,
de repente, para cegarlos con la madura flor
que se abre sólo por imitar al sol.
Una lúcida bofetada que arree con esta invasión.

AZUL

Ella supo la música, el azul llamado,
con el perdurable olor a lavanda
de sus días veraces.
Por eso abrió una mañana todas sus ambiciones,
mariposas izadas
en la tonalidad que vibra clara, decidida
al vigor del hombre que llegó silenciosamente
y con un pie sobre otro hizo de aquel encanto
una mata gigante en su perfume rosado, único.
Y desde entonces ella viste vuelos
y con pañuelos de colores saluda.
Saluda con las pestañas libres,
herencia de escritos que dejaron su presencia
de polen, garra, piedra y pluma.
Hay quienes prueban de a cucharadas su aire sonoro,
su aire de sombras, las de los pinos.
Ella monta altas olas cuando el verano
pasea ruidos íntimos en su caballo de hazañas encendidas
y se empapa en el prodigio de las sales,
las que van goteando venturas por el suelo de todo un año
Suelo que ampara tristezas
y en páginas de otros tiempos muta lágrimas por licores.
Resucitan los aljibes de la añoranza.
Ella se entromete con el mar
y en su cocina nacarada cumple su quehacer de contar,
de legar su sonido tibio algún invierno severo.

CORAL

En el coral de la música que ladra verano,
con la altura de los árboles agradecidos por bien regados,
me detengo a sentir el aire sin peligro
y con toda el alma abierta
sin condenas, sin apuro, sin cansancio.

Adoro el verde en los matices de esta alegría,
que sin saber sé de donde llega,
como adoro el recuerdo de las noches
pedaleadas desde el juego de nuestro deseo
cada vez sediento, cada vez bebido.

En el coral del despertar acomodo mis venas,
luego de hacerlas penetrar en el movimiento
que transpira armonías solitarias,
para luego ser calles limpias
en la mansedumbre de los versos necesarios,
tan necesarios como la roja manzana
que muda la palidez y el engaño.

En el coral de la libertad,
la blancura submarina cubre la ciudad de mis canciones,
aquellas que sobrevivieron al tajo del tiempo,
cubre a mi rincón sin paredes,
aquel infranqueable sabor de almendras.

La niña que fui
tuvo un tiempo sin miedos debajo de la cama.
Dejo que crezcan como ligustros veraces
quehaceres del pensamiento y sueños,
gigantescos sueños que confían en ser olla que humea,
mano que escribe, agua temprana.

En el viento de lo que fuimos
soy página que sabe porque vive.

En el coral de la vida vuelo entre los álamos,
soy la paloma sin arrugas, la plenitud
que mata a tu muerte y me libra
con la ternura que aprendí para siempre
sobre tus rodillas inolvidables.

SIEMPRE LA LLUVIA

Podré caminar y embarrar hasta la cintura de nuestras noche
esas que se tutean de tal forma con los carbones rojos,
que las ventanas palpitan una música borracha de verdes
de piel en galope y se animan con ese rubor,
a ser penetradas por el árbol que orilla sus sueños.
Embarrar de poesías,
las que siempre serán primeras en levantar la mano
cuando el hombre precisa ese gesto, ese coraje milenario-
Entonces volver al ombligo de tus caricias más mojadas.
La lluvia de tu hombría puede encumbrar mi duelo más ser
y hacerlo pedazos contra las invisibles rocas,
que sueltan luego con olor a menta
el dialecto irrepetible de los enamorados.
Mi barro te alegra por ello con las cintas del arco iris,
las que fue desenredando de los días que confunden
y talan hasta el frutal que sólo la madurez dobla.
Barro, harina de amanecer intacto,
sin trizaduras en su cabeza iluminada.
Tal vez la causa de algunas aves
al enseñar el dibujo de las alturas.

Podré hablar todos los secretos
y condenar la cresta de nuestros aromas,
cuando es el llover el que me sienta para que vea sus panes,
los que nutren lavando tanto horror de calle culpable.
Canasta que hamaca con la melodía de las gotas
a los damascos más bronceados,
la que nos prende un silbo en el pecho de la tarde,
que se inclina ante la flor y le recita la franqueza del momento.
Condenar a la idea a ser,
a fundar el jugo que de sabor al hallazgo de un pueblo,
el que deje en sus ramas las confidencias sensuales,
cristalinas de los días nublados,
para que sin abandonos podamos trepar y poner el oído,
allí donde se desnudan los colores del amor,
el que enmudece en su esencia siempre temprana.

ABRIR DE BOCAS

A la lluvia
a comerla como cuando niños,
de cara al cielo abríamos la boca
y así uno en otro apoyados
nos íbamos muy de a gotas
metiéndonos en el cuerpo
aquello que le haría bien al alma.
A la lluvia entonces
a calzar sus colores penetrantes
y con la intimidad de sus huesos
a pararse.

LOS PINOS

Los pinos son encubridores del cobre y sus enigmas.
Sólo brilla el cobre cuando los dedos lo astillan.
Y estos pinos se yerguen en el aire,
en el aire humano,
cuando la mirada se queda en ellos,
hace una pausa.
El mar sabe de esperas.
En la melena verde de agujas fragantes
la mirada clava su amor,
en ella se oxidan, envejecen
ademanos, antiguas quemaduras inconfesables.

JULIA

Tu sonrisa es el muelle.
Ella con sus arabescos de nubes prodigiosas
nos indica dejar el costal que desgarró y sentarnos,
sí sentarnos a mirar las rosas blancas
de los momentos que bailan valeses
con los pájaros que a pesar del frío cantan.
Tu sonrisa Julia,
la mies que serena a nuestros ásperos temblores.
Con ella la poesía ovilla sus hilos de cobre
y en oloroso secreto
nos encanta con la urdiembre cristalina de una fuente.
Pastora de la yerbabuena,
tu sonrisa es un rebaño matinal de curiosos colores,
un refugio silvestre de jugosas danzas.
Sí, con ella adelgazan las mejillas de la tristeza,
su frescor rumoroso las desdibuja.
Julia vestida de verbenas,
tu sonrisa es el polen que nos asombra con sus líneas,
que nos hechiza con sus mieles.
Por ella nuestras pupilas se espigan
con los labriegos tesoros de tu infinito rocío.

CONJURO

No te dejo en el hueco
que todo lo devora sin nutrir.
Allí no te dejo.
Aunque la muerte
se adueñe de tu silueta
casi un vapor, una estela,
una queja en los últimos tiempos,
no le brindo a ella
tus preguntas en silencio,
ni la íntima manera
de quedarte junto al fuego.
Me invaden todas las miradas
de tu paraje celeste.
Les doy principio
en la sangre de mis versos,
allí engendro un conjuro contra el olvido
y venzo a la muerte.

MATILDE

En la secreta cintura de tus cerezas se desencadena
la poesía creciente de tu sangre, jazmines despiertos.
Y la perfuma el pájaro atrevido del canto sin miedo.
Por ello la boca se nos colma con la delicia indefinible
de tu rubor hondo y sentido.
Y nos dibujás con las aguas
sin roturas,
con las lunas que se desmayan de amor.
Sos la harina invisible de los violines
que nunca deja en la soledad de la madrugada
a la dentadura del color.

LA ALEGRÍA

La alegría es una locomotora turqueza
que pasa por los sobacos de los hortelanos
y a la noche cuenta historias,
sin diablos bermejotes en los harapos de los truenos
y sin el tiritar de un volcán en el hocico demoledor del miedo.
Historias de claros aterrizajes, de penetrantes carcajadas,
desde donde despegan nutridos párpados
hacia el tutelar vientre de los sueños.
Ella sólo se preocupa de confesar con saliva de luciérnaga
su indefinible geografía de fresias,
de mañanas de domingo con dulces camisas
donde refriega la cintura aquel manantial palpitante de versos
y esplendoroso de vaivenes.
La alegría es la taberna donde se humedecen
los renovados maderos de la amistad
y se tuercen los vasos rayos de los incrédulos.
Con ella nos hundimos en imprevistos pajares de remanso
y nos eleva su levadura incitante,
para hallarnos espesos con el fulgor de los cereales
en la agricultura muscular de su desnudo galope.

EL ARBOL DE VIVIR JUNTOS

En el patio del tiempo
permanece zumbando confianza
el árbol con nombre de miga,
ya que como ella es nutriente combate
y llave en la garganta del horizonte.
El árbol que en sus bolsillos abrigo
a los invisibles momentos de estos años
abriga y abrigara.
El es el cuerpo cristalino con frío blanco
o con verdes relojes de verano,
del vivir juntos
sosteniendo la savia aunque el humo nuble
o el viento arranque,
del vivir juntos
haciendo del pedregal un limpio aroma de nobleza.

NOSOTROS

Comer a cucharadas de tu sandial,
muchacho azul de pensión añeja.
Y desnudarme junto al caballete
de tu transparente pureza,
robando encuentros a la crueldad.
Nosotros con la mística de los mimbres,
la que adivina cierto pasaje al futuro.
Con la mansa estadía de nuestros cuerpos
en la cumbre cotidiana de la pintura verbal.
Y con la autenticidad de los colores,
de la lluvia, de la música
y de un acuerdo invulnerable.

SIESTA DE SABADO

Alelúes blancas.
Limonero cargado.
Sauces brotando.
Troncos a la orilla.
Hojas añejas olvidadas.
Flor de moreras.
Siesta de septiembre.
Barrios apacibles.
Viejos al sol.
Faldas que pasean.
Conversación detenida
Bicicleta que espera.
Adobes del naufragio.
Sábado provinciano.
Florista en una esquina.
Persianas como cofre.
Tibieza del silencio
que mira y huele
que añora y anda
que suena en un árbol
en la plaza de feria
en la pluma de la vereda.
Avisos de lo que muere.
Cinta en la cabellera
de lo que da vuelta
de lo que sigue
de lo que nace
de lo que vuelve.

CONVENTILLO

Ropa tendida entre escaleras y juegos.
Algunos ladrillos, alguien que llama golpeando las manos.
Macetones con helechos, con malvones
y algún canario que alivia su desconsuelo cantando.
La humedad dibuja en los muros.
Y el porvenir entre dudosos abecedarios.

Los niños crecían en aquel tapiz humano
que ofertaba hacendosas alegrías de ollas,
firmeza de hombres en camiseta,
los que tuteaban a la madrugada con martillos y fraguas,
mientras la desolada filosofía del tango los limaba.
Sí, los niños crecían en aquel abismo de bullicio fraternal,
donde los mates eran la fortuna de la tarde
y la noche, esa melena propicia que agitaba el amor.
La justicia, un riesgo, un ideal,
una escarapela en la mirada de la paciencia.
Ay aquella gente del empedrado y del farol.
Los niños entre intolerables portazos crecían,
mirando de vez en cuando aquel retrato de un abuelo lejano,
escuchando sabores de otras tierras, de otros mares
y olvidando alguna que otra bofetada
con el trompo o la muñeca de trapo que los azucaraba.

Añorados habitantes del pasado.
Y a todo vapor aquellos cuartos viajando por la vida,
haciendo de la patria un navío que llegaba y partía.
Un laberinto de encuentros y desencuentros
inaugurando sobre este suelo
nuestra insistente condición,
con un lenguaje altivo, invento que aún perfuma
aquí, donde echa chispas la cruz del sur.
Lustrar la melancolía en los días de sol
y empañarla con el aliento memorable
de aquellos organitos que el siglo suicidó.
En el mapa de sus versos,
algún poeta sigue dando vueltas
a la manivela de aquella fascinación.

PENSAMIENTO

Montados así como estamos sobre el lúcido caballo de la vida,
que cada uno oficia desde las riendas del pensamiento
y desde las sortijas impredecibles de los buenos y malos
tiempos;

desnudar la garganta para que la voz perfume
en los vestidos de la palabra, de la palabra bruñida de razones
que sólo germinan en el mudo brasero
de aquel corazón que entiende la letra
redonda y luminosa de lo justo;
es una puerta alta y abierta,
para que pise y pase por ella una y otra vez,
nuestra pasión por cambiar lo calvo del poder
en flechas sonoras,
que regresen a la gente la edad confiada,
aquella en que decir era hacer y hacer era querer.
Querer al mundo desde su calle,
echarse a la espalda sus dolores
persiguiendo a tanto bandolero oculto que marchita
y mirando a la luna que aún cuida la risa y la ternura,
quizás desde unos dulces ojos vecinos que no dejan de aparecer.
Una puerta alta y abierta,
para que pise y pase por ella
una y otra vez nuestra esperanza,
abanico libre que juega con el aire
al calor de las nobles ideas
y a la orilla de tanto abandono que tiene culpable.
Los hombres se sabe, son los puertos
desde donde las desgracias y las maravillas responden.
Abanico del silencio que alguien escucha
mientras falta un pan tierno.
Abanico de la música que se vuelve brazos para el que espera.
Abanico de aquella conversación
que ahuyenta a las arrugas de la soledad
y convida las necesarias naranjas de la fantasía.
Abanico de la esperanza
en el viento que sucede y sucederá por esta puerta.
Y por esta puerta pisará y pasará nuestra voz.
La voz que está sostenida por los huesos de la verdad,
puede y debe ser palabra.
Palabra parida desde la boca que sabe amar a los demás
y que enamorada del silencio sabe aguardar.

ENTRAÑABLE CONDENA

Maestra en las vías del tren que volverá a correr.
Porque algún día veremos otra vez
las estaciones pobladas de pañuelos.
Sólo puede la despedida doler menos
si es emplumada por un pañuelo.
Maestra en la cita que el mañana
ofrece como una generosa tajada de sandía.
La frescura se mantiene con el nombre puesto
cuando el mensaje no pierde
los dados del porvenir.
Maestra como mirada de pasto nuevo.
Con ella se puede rodar
en un abrazo que nos asegura transparencias.
Sin golpes, sin mudez ni mentiras,
sin los cristales neutros del poder.
Maestra que va por la orilla
y deja el camino para el ancho andar
de quienes escribirán en sus venas
el valor robusto de tanta ternura.
Porque sólo se pone de pie la cara del recuerdo
si la sangre de los pactos
con el día y con la luna
recorre las aulas y las sostiene.
Niños con sonrisa
de ventanas y puertas abiertas,
con penas que atraviesan
y sueños molineros.
La entrañable condena de ser maestra
me cincela desde siempre
y lleva las uñas de la esperanza
hasta el cráneo mismo del abandono,
haciendo de mi vida
un congreso intermitente
de amados nombres.
Sólo pueden las piedras
guardar en sus presencias
este mandato visceral
que vuelve a sacar virutas molestas
y a frotar lámparas de fe.
Cómo renunciar a la letra
que se subió a mi manera de mirar,
a mi condición de farol encendido,
al sentir que escribiré algún día
el libro de tantas voces

que creyeron en mis aguas.
Porque sólo mis aguas
han podido curar distancias,
gajos quebrados
y la fría cordura.
Vuelvo al pasado
y lo apreto contra mi cuerpo,
aún reverdece por aquellos días
con desordenadas ideas sabrosas
y cerros palpitantes de rebeldías.
El ayer pone su sombrero
al soplar el polvo del tiempo.
Me tonifican los gestos
de hombres y mujeres
que fueron niños entre mis tizas.
Maestra de campesinos y albañiles.
Aparece y no deja de aparecer
un rumoroso espacio
donde el juego convida
a borrar el olor a tristeza.
Maestra hasta que la buena lluvia
venga a buscarme
y me proteja en el viaje que no se posterga.
Sólo ella podrá llevar mi pensamiento
junto a la paloma de septiembre.
En alguna escuela
alguien lo estará escuchando.

PARECERES

ENIGMAS

Olores, sólo olores.

TU VOZ

Mística chimenea
en noches de invierno.

DISTANCIA

Ovillo entre virtuosas madrugadas
y limaduras de luna penetrante.

JAZMINES

Itinerario intenso
hacia lo desmesurado.

LLAMAS

Vivacidad enfurecida
con el cuchillo del frío.

SIGNOS

Dientes del arte
para mascar tanta semilla.

INVIERNOS

Silencios en la piel.
Ríos ariscos, las venas.

TRASCENDENCIA

Insensata memoria del futuro
engendrada con raíces de nubes.

NOMBRE

Obediente mago,
por él aparece nuestra vida en un relámpago.

GRITO

Volcán de la voz.
Hueso del aire.

NOCTURNAS

Luna, boca soberana que paladea sueños.
Mujer, barca de vaivenes abrigados.

BARRO

Viejo rabadomante
que tropieza con savias.

MÁSCARA

Laberinto con ambiciones.

GESTOS

Peces fugaces,
a veces tatuajes imborrables.

TRENES

Pausas memorables
en la brusquedad del pasar.

HECHICERO

Escriba de nevaduras

y mirar de ballenatos.

BALANZA

Ojos a dos lados.

Ignorar la fruta.

Pesar la nada.

MISERIAS

Nalgas del hambre.

Indulto del vino,

Madriguera de la locura.

ABSOLUTO

Suave pezón de la ternura.

Despiadado faro de la muerte.

Pájaros en la marea del brote.

CHIMENEA

Niego el domingo.

Quiero ser pájaro.

Ellos están atareados en el olivo,

remediándonos

con sus idiomas untados de mañana.

Miro al fuego que silba.

Hay quien espera las brasas testigos

de esta vieja e impasible chimenea

para ovillarse y ahumar a la muerte.

EL PENSADOR

El pensador junto al zumbido extraviado del mar

puebla las zarzas de la meditación

y agazapado en las rocas que dormitan por siglos,

suaviza el desprecio de lo miserable

inquietando a los carbones de la mente,

que no son sino los de este oleaje encabritado,

aquellos relucientes culpables de que la ola sea una diabla

pero una diabla enamorada.

Carbones que en cuclillas frente al brasero de la nostalgia

enrojecen con el volumen digno,

que sólo sabe darles el hombre

con dureza en los músculos del alma.

DEDOS DEL SOL

A veces el sol no quiere partir,
entonces sus dedos dejan huellas,
huellas de su descontento astral.
Color esparcido para ciertos sueños.

ANDANZA DE CONDORES

Andanza de cóndores,
silueta de la montaña.
Sosiego de alas
que desde siempre nos crecieron
pero nunca volaron.
Círculos pausados, medidos,
única y sostenida virtud de la altura.
Insisten los cóndores
con mensajes de piedras
para nubes copiosas de siglos.

VENERABLE PUENTE

El mar corretea esquivo entre el concilio borroneado de la sal,
mientras los negros patos dormitan
flotando entre los pliegues del prodigio oceánico
y las gaviotas, pájaros del horizonte
leñan el paso de las olas con sus festines sorprendidos.
El mar es un venerable puente
que abona con el centelleo de sus diamantes
la escena que urge transitar, para nutrirnos los segundos
que no traga la ventolera de los nervios
con los antojos marinos.
Así aquello que nos desquició
posará con la acústica de una calavera
y no tendrá más remedio que partir así de repente, sin letanías.
El mar con su fragor es la gruta
donde podremos en este fin del novecientos
entrar con el riesgo de saborear la eternidad
y obrar en la última hoja de sus gotas,
que es la lámpara de la sangre
de aquellos ilustradores de los astros.
Aquellos que nos legaron sus barbas y sus trenzas
y por ellas agitamos al sol cuando hace camino en el mar
y lo volvemos relato con las pimientas secretas
de nuestros irresistibles muertos.

ARREMANGADA

Me arremango los oídos
sentada frente a los pájaros
que intentan un cauce solitario
en este viento de mentas salvadoras.
Copa de limpia vertiente
donde sueltan sus trenzas tímidos sonidos
y aquella sed de besos.
Lumbre de manzana roja
en la rama del trino,
que madrugó con piernas de cordillera
en el paso de los corazones claros.
Encinta de tostadas emociones
por el rayo que bebe todos los jugos
provechosos de esta vida.
Me sacudo la mirada de dormidas voluntades,
la sangre tiene una enérgica madrina
que peina con suaves razones,
ante la puerta que deja ver
al insustituible molino del devenir.
Con tintas libres
y barbas perfumadas por el saber,
los codos del que escribe
se apoyan en una brillante rueda.
Escucha ajetreos del pasto y sus ansias.
El último pliegue del alma
se complica así los relojes,
con puntuales jazmines,
francos papeles
y sabores necesarios.

LA TARDE

La tarde atraviesa el río
En el hombro de un hombre viejo,
con pantalones arremangados
como arremanga la vida
al que debe cruzar
la inclinación de tanta pesadumbre,
escortado por sus perros y el musgo
sobre el callo de la templanza.
Planea la tarde casi abanicándose,
es el rito de quiltehues que conversan
con la brisa que vuelve sensible al agua
y los zapatones de los cerros
que se humedecen mientras hacen sombra
a la flotante salud de nuestras miradas.
La tarde orilla entre las piedras ociosas
con el color del letargo
que pasta entre los caballos olvidados.
Olvidados de librar honrados sucesos.
Ellos son la oración de la hora montaraz.
Flota la tarde en un pacto de sosiego
con nuestros cuerpos,
entre los fugaces naipes
de un país claro y danzante,
el de las nubes campesinas.
Y el río en la fatiga de su carreta añosa
va dando de beber
con sus verdosos vocablos,
a nuestro regreso sediento
de andares agrestes y quietud mineral.

EL FARO

El faro es un rapaz
que no desperdicia su peregrinar.
En su afán de cautivar a los desterrados,
es un animoso jinete detenido, callado,
que da albergue con su artificio
al marinero, a sus anclas
y al licor que temple las espuelas
de tanto navegar.

ESTALLIDO

Estaba alerta pero estallaba sin agobios,
sólo con gestos literarios.
Las aves de la costa enseñan como darle funeral
a la pesadumbre que araña aunque esté vuelta de espaldas.
Se colgaba como aretes palabras de musgo
y por polleras le flameaba el humo
que recordaba cierto vuelo en fila
de pelícanos untando de blanco riesgos plumizos.
Sentada en la vereda ferruginosa del océano
veía al tizón siempre encendido de la poesía.
Ahora flota entre sus mejillas la reseca caída de la ausencia.
La desolación es un pez que enmudece mirando al viento.
Y ella, ella es una cueva sin disgresiones
donde erosionan las turquezas del mar,
que alumbran en el donaire de su palabra.

EL CORREDOR

El corredor de la casa
alumbra con su rojo encerado
los maceteros la conducen
a una marea de savias y fragancias morenas.
Está posada con gesto de tórtola,
mirando el lenguaje del canal
con sombrero de ramajes,
pastores de besos,
sinrazones de la noche,
gracias de un violín viejo.
Está junto al cayado del tiempo
en el campo sin premura,
vertida en la lealtad del aire,
con la gratitud de aquellos mimbres
que permanecen y nos dan sosiego,
en un tosco templo
donde luce el silencio.

FLORES DEL PENSAR

Lo golpearon hasta amaratarle la raíz.
No sospecharon que volvería a ver la luz en las flores del pensar.
El pueblo que lloró a su arco iris ensangrentado,
vuelto una línea recta y embarrada
vuelve a sonreír con la moneda del arte
que orienta en su rodar
hacia una geografía cristalina de copihues y verdades.

ROMANCE

Y en las pasarelas castañas del sol
nació el romance
entre la fragancia de la mariposa
y el pulso del volantín.
Ella desperezó sus alas
que tañían ademanes de alfalfa
por la nave de la mañana
y en la melena del aire halló el pupitre
donde retratar su danza luminosa.
Mientras...
el molinero de los pájaros,
al duende con silbido empapelado
que izaba su cordial letra
le encomendó un carretón de alturas.
Y allí donde olvida su sortija el viento,
en un recodo vestido con los sucesos
del limonero de cuatro estaciones
se encontraron sin puños ni herramientas,
colores y brisas en la franqueza del vuelo
para empolvar el alma
con la frágil harina del buen mirar.

LA CALLE DEL MEDIO

Y la calle del medio
es un surco de polvo antiguo.
Sus márgenes cobran altura
en una tupida alianza de zarzamoras,
que pronuncian al descuido
el jugo que tiñe de silvestres recuerdos
a tu sólido paso,
airoso, bruñido del retorno.
Con la osamenta de un trigal
que asiste a nuestra contemplación,
damos con la inocencia del paisaje
y el verde del latido.
El campo esta mañana
es una melodía aún desnuda y esquiva,
que aguarda la alfarería de nuestra voz
y el don indescriptible
de una magnolia abierta
en la garganta brotada del pensamiento.

RO

Murió declarando su amor.
Las madejas de esa noche
tejieron pesadumbres
y el silencio envejecido
tomó su bastón
y en el corredor tardío, añoso
pudo suicidarse
bebiendo una sola palabra
del jarro que lustró la aurora,
el nombre de su amada.

LICORES

En odres casi invisibles
que no rasgarán amenazadores tiempos,
guardaremos los licores
que centenarios relatos,
embarcaron con la brújula
que señalaba una vejez apacible.
Y burlando la neblina del olvido
que suele parecer un puñetazo
sobre el mapa de ciertos ritos,
nos reconciliaremos
con el frescor de la mañana
bebiendo a estos emisarios de la poesía.

FUGA

Por el muelle riesgoso de la esperanza
los estibadores indagan
en el salitre viril del sudor
las maniobras de sus descontentos.
Así se fugan los almíbares de la vida
por los músculos ensombrecidos
en la ensenada de la fatiga.

HISTORIA DEL ARTE

Las sandalias que en erizadas ocasiones
llegan a la aldea donde resucita el asombro
y pregonan un remoto oficio,
el de la elocuencia,
parida en los comienzos
por aquellas huellas que aún en estos días
cabalgan por los pliegues de la memoria,
esa hembra que desanuda lo vivido
con los muslos del futuro.

Pómulos sobrevivientes,
inagotables vigas de los gestos
en la tozudez morena de un paisaje,
montado en la orilla compasiva
como limpio testigo del dolor
que esos huesos no pudieron burlar.
Desde las grietas y los manantiales
del hombre sin fragmentos
y en complicidad con el lienzo del crepúsculo,
el arte estrecha su repertorio de siglos
en un instante imborrable
y lo lanza como un aliento de yerbabuena
en la oreja de la intuición.

El botín que esconden las vainas del mar
y los tobillos de aquellos valles
donde el caminante
despeja la bruma del amor nocturno,
únicos discursos que obsequian sus letras
a quienes encienden sus antorchas
en el sentido de los volcanes.
La historia va sucediendo
sin el maltrato del olvido,
un rebaño de versos bebe a sorbos aquella emoción
que la intemperie del tiempo
no convirtió en moneda de uso,
hoy nos mira desde un renglón húmedo
entintado por el secreto de unos ojos.

Piedras que murmuran los misterios de algún invierno,
cuando el escultor del silencio
sacude el polvo por las ventanas que tiemblan
y desde el taburete palpitante,
con la herramienta que modula promesas de virtudes
desnuda a sus duendes, mientras la madera

es penetrada con la gracia de las sombras
y una tropa de claridades
abre con sus líneas la cortesía del pensamiento.

Las criaturas de la danza
sueltan el cinturón del reposo
y como bandido huyendo por colinas terribles,
ellas recorren los licores y la pólvora de la música
en grupa teñida por incontables sueños.
A las costas del pasado arribaron cantos
que los ancianos hicieron amarillear como mazorcas
poderosas
y la firmeza de las cuerdas -aguardiente del sonido-
y el soplido virtuoso en aquellas inhóspitas horas
tropezaron con los cueros invencibles de estas tierras
y se elevaron.
Entonces los pumas del eco
y los colibríes visionarios,
en las proximidades del cielo y del infierno
grabaron en los ríos improbables las notas apropiadas
que escuchamos en el relato de nuestros hijos.

CANTATA

La impenetrable cantata de los huesos
nos lleva por la vida,
hasta que concluye la partitura de nuestros duendes
en un grave árbol seco.
Por ella vamos levantando el polvo
que nos halla heridos o enamorados.
Cantata de nuestros huesos,
hechizo vertical cuyo acento preciso
ambiciona ser escuchado,
en la montaña rubia de sol por su altura numerosa
y en el terraplén submarino
donde se encuentran nuestras brazadas más temerarias.
Cantata de nuestros huesos,
la viviente guerrera en busca de rumbos libres,
con el puñal que funda cada edad,
ella va defendiendo, destinando pasos.
Puñal que jamás apunta al amor
ni a los zumbidos del sudor.
Cantata que entona
desde la columna cardinal de la palpitación
al obrar vertido por nuestro ánimo,
ese camino que suele vernos cojos por un mal color,
así como vueltos un lúcido vuelo
por el sabor de cierto romance
que se espesa de razones
tan consistentes como membrillos otoñales.

TIGRES AEREOS

Con la resonancia breve de la llovizna
me adueño de las vértebras remotas de la poesía
y con estos tigres aéreos
agrieto lo inconcluso de mi vida.
Está velado el latido de los dragones
que yerguen mi alianza
con los molinos del entusiasmo,
sólo yo hilo esas llamas.
En la crisálida vegetal de las tardes
suele pendular mi cansancio
y por los dominios del milagro verde
olvido el cautiverio de aquellos que aburren.
Hacedora de rituales
sujeto mi fórmula cotidiana
a las errantes constelaciones
y con ellas como amuletos
me oriento entre los puertos humanos,

JINETEANDO

Jineteando ese olor a pan que se hornea
en vivo silbo moreno,
moreno, porque ese olor es nuestro,
como es nuestra la casona
polvorienta pero sonora,
donde los pájaros derraman la geometría del trino.
Ellos prefieren nuestra íntima proa,
el linaje de sus plumas
deja muda a la cal que arde.
Aquí la tez fundadora de versos es casi una catedral
entrelazada a la luz que la despierta
con el rebaño de la alegría.
Así la mañana de domingo levanta a los muertos
que aún nos reclaman espejos.
Espejos para volver a dar pasos
en el mundo de nuestro latir.
Anunciando desde la torre del verbo
la locura que es simiente
y aplaca con sus brotes
al mapa ruinoso y cotidiano del desencanto.

DESTINO

Mi lengua en reposo
ha vuelto a salir a la vereda.
El frío es un desconocido.
El destino, buscar al pájaro que llama.

VISIONARIA

La maestra
es un vigoroso cernidor
de voluntades y ternuras
que entonan en el rostro infantil.
Con su fragante visión
de primaveras repetibles
hasta lo necesario,
ella se encamina con la luz
que clava sus tacos
y se la ve enhiesta
pero tantas veces doblegada.
Su oficio de blanquear
hasta lo blanco
y endurecer hasta los maderos
que se empecinan
por no dejar de ser árbol,
la lleva por la madrugada
con el paso que quiebra
el sano sueño del que trabaja,
por un andén que recibe
y recibe buenaventura.
Ella puede traducir
cada sorbo que bebe el silencio,
de un niño que pretende
ocultar un dolor,
que se transparenta
en cada gesto
en cada impostergable grito
de su tiempo mutilado.

ZAPATONES

Tal vez porque ya no parten trenes
y la música de entonces
se calló en algún prado,
como la torcaza helada
por la madrugada de la indiferencia,
tal vez porque cuando él murió
se llevó el olor a pan recién horneado;
nos tocamos la cara de aquellos besos
con las manos partidas por estos aires
y la congoja se nos cuelga del brazo
y tal vez por ello
nos pesa a veces el levantarnos.
¿Volveremos a ver trenes corriendo
y muchachas con trenzas leyendo poemas
en estaciones que esperan?
El tiempo y sus zapatones
que todo lo atraviesan.
Y una con el corazón
calzado en ellos,
mientras el suelo va gastando
a tanto sueño.

OTRA DECADA

Como cazadora de la luz
en los campos donde se alivia la tarde,
voy estribando la mirada
y prediciendo el nombre propio de otra década.

EL VERDE Y UN ARPA

El verde y un arpa,
caballo atareado
entre los faldones de la poesía.
¿Qué podremos escribir
luego de un galope
a todo septiembre?
Abecedario de tonalidades
en el devenir de nuestra espera.
¿Cómo no desnudarse
entre las lenguas de esta luna?
Melodías como heliotropos
cosechando gratas
vibraciones de los aromas,
que nos levantan de la gris mecedora
para dejar el capullo
y conmovernos por ser mariposas.

TU TIERRA

Volantín de la estrella diurna.
Río con voluntad de aroma.
Azul novia de canción roja.
Balcón de pan amasado.
Silueta de la costa que picotea al corazón.
Té de la mansedumbre.
Veracidad del mar.
Risa garabateada por hortencias.
Ollas de greda pintando virtudes.
Montañas sin prólogo.
Fragantes boldos, dominio de las garzas.
Duraznos del amor recién bañado.
Parrón del perro que espera cariño.
Los abrazos de la fiesta.
Pincel del dulce retorno.

EL FRIO

El frío es la hueca enredadera, la mejor en su esencia,
que como el perro de las sombras aúlla en mis huesos
atropellado por las palabras que nunca diré,
aunque las escriba tantas veces
como tantas veces muerda a la lluvia que no acompaña,
a la misteriosa cavadora de luces,
que nos calla el dolor y lo arroja como un castigo
ante las puertas que al cerrarse
apagan todas las velas.

LINAR

Abrazado al cuarzo
el duende desmiga a la muerte.
Sus mejillas se anunciarán
en el andén de las llamas
y su fatiga
en la cera que derrite la ausencia.
Mira la punta de sus zapatos
allí el sol de los helechos
le confía el sentido
de abrir el adiós,
para que el invierno
con sus carnes flacas
y su aliento de cuchillo
no sea una persecución.
El dolor debe crecer
y en la altura bravía
serenarse
para volver
y rastrear aquel linar,
donde la respiración es una gloria
y los recuerdos
pastores de luciérnagas.

PENA

Pena

de no volver a verlo amarillear
junto a los papeles que recogía
como recogiendo vientos,
para irse entre las palabras
que otros escribieron.
Páginas y páginas que él nunca leyó
pero cargó como al puntual monólogo,
ese barco que siempre lo dejó
propinando añoranzas.

Pena

por la ausencia del humo
que su vista nublada
hacía crecer como a un cerro solitario
desde su silla, una isla baja y memoriosa.
El olor a humo en sus ropas
lo convertía en un madero
que mecía sus pañuelos inciertos.

Pena

por no hallar su bahía de ajo,
en ella paladeábamos
el privilegio de su casa vieja,
aromas con anchura de gran sartén
y veranos sin mordiscos.

Pena

porque ya no madrugan los lentos ademanes
de sus incansables alpargatas
y porque no suena más su armónica,
se apagó junto a las brasas de la muerte.

HAY DIAS

Días montada en lejanías dulces
junto a la tristeza del agua que corre.
La memoria detenida en unos cuantos sonidos
de piedras calientes.
Mirar, abandonarse,
ser un ave en la sequedad del aire.
Estar cerca de las montañas.
Curar ausencias,
alejarse fugas
con la jarilla y sus poderes.
Días navegando una línea montañés,
desde el silencio de un valle
empapado de hechizos.

VOLVER A VERLOS

¿En qué lugar
se encuentra uno con sus muertos,
en qué momento,
con qué ropajes
y cuáles son las palabras
para volver a conversar con ellos?

MEDIA LUNA

Tu destino de puerto
aleja a los crueles olvidos
y deshace a los hombros del dolor,
como suele deshacerse la pronunciación
del tiempo sin estrella.

Tu destino de puerto
acerca, siempre acerca
a la tinaja que no envejece,
porque en el ajedrez de la vida
se llena, se desborda y se entrega,
como suele entregarse
la medialuna de los grillos
a la cereza de los enamorados.

AL HOMBRO

Cuando los girasoles bajan la cabeza
el campo retorna
con sus vigorosas herramientas
al hombro de relatos atardecidos.
En los corredores se alojan
gestos leales de torcaza,
en quienes son pasajeros del sosiego
librando suspiros
con la templanza de una taza de té.
Antes fueron razón de soles y semillas,
una llamarada de verde voluntad
en labranzas picoteadas por el trino del agua
que carreteaba por las venas.
Tierra y corazón
entre ferocidades o delgadas preñeces.

MARTINA

En la geografía de la luz sos aguamarina,
mística libélula, silencio en la montaña.
Y en las vértebras de la noche un aroma redentor
que gotea la música transparente del fuego.
Mirando las acuarelas reveladoras de tu sonrisa
se encuentra el horno cósmico,
donde las esencias silabeaban amparadas,
despeñando armaduras, insensatos presagios o rasguños.
En la marea de tu llamear tintinea la inagotable pureza
de mandarinas cómplices con instantes germinales.
La brújula de las nobles aves indica tu mirada,
allí reside el imperio de lo ingenuo.
Niña constelación de tibiezas,
en tus días hacen una pausa los duendes visionarios,
aquellos que se declaran eternos historiadores de los pinos
por las suaves sinfonías de tus gestos.
En tu misterio acontece la verdad,
no hay más alianzas con grietas ni con delicias derramadas.
Tu llegada fue sideral
y desde el hostel de los alientos
la vida se yergue por tu nombre
en un indescifrable dictamen del corazón desbravado.
La vida es una ofrenda precisa,
amamantada por tus estaciones.

VIDA

Pausa junto a las páginas que siembran reflejos de otoño
en arterias salvajes, potrancas que endulzan sus líneas
entre emociones semejantes a campos amanecidos de lino.
Leer las manos en el horizonte de sus quehaceres
y en los gorriones de la caricia.
El libro que traduce neblinas
y se entromete con el barro que conoce treguas tanto como
batallas, lee mi lámpara y mi cansancio.
De él aprendo a caminar olores de una cocina heroica
y aquellos que trinan en la oreja hechicera de las letras
haciendo madurar uvas moscateles entre nuestras piernas.

El congreso diario del agua
oxigena la lumbre de mis ansias,
esos collares inquietos de caracolas adivinas casi humanas.
El agua concede altura precisa a los muertos
para que con sabias burbujas
propicien el vuelo interminable en romance con la claridad.
Agua sonrosada por el rostro de la pasión,
esa barcaza corpulenta que acentúa el encuentro fugaz pero
eterno de quienes se aman en temblores inmemoriales,
caudales míticos del mundo.

Ruedas del fuego,
el conduce a tiempos
donde la estatua conversa y la luna escucha.
Brasas que alimentan mi sed de navegante,
sentada en una piedra,
mirando con el viento lo que se debe quemar.
Siluetas de suspiros entre dibujos veloces de llamas,
se unen para danzar
mientras muere la madera y emergen cenizas,
como una biografía añeja que debemos redactar
y así curar la pena del árbol caído,
del hombre que fugó de la infancia
por sus terribles callejones sin salida.

El anillo del silencio calza sus brillantes
entre los sugestivos dedos de la meditación.
¿Será el futuro el territorio donde pastan y polinizan
los seres que guardan nuestra palabra,
abrazados al aljibe que cosechó durante noches y paciencias
a las estrellas que nunca pudimos mirar?
El silencio es la oveja esquilada que vuelve a soñar,
ella sabe que su lana es harina de jazmines

y nadie la puede acabar.

Música que llega con la carreta del estío
y en nombre de las gaviotas nos empapa de sonoros
crepúsculos,
entonces se desnuda el oído
y la vía láctea nos penetra con la voracidad de un instante.
El cielo se apaga si lo dejamos de escuchar.
La montaña gota a gota calla los años de su historia
para que surja el eco de sus flores,
que se abren ofrendando la miel del color
al silencio, melodía consagrada al corazón de los cóndores.

Raíces culpables del aire, ese farolero que insiste
y así enamora desde su vértice al pulmón de los pétalos.
Es profeta de las mareas olorosas del porvenir.
Raíces que cumplen con los minerales
la audacia de ascender, de ser sombra o gorjeo,
de ser delicia rubia en un damasco
o en la mesa que asevera
caídas y esmeros.
La raíz será papel y en él resucitarán
los que se quitaron la vida.
Sólo el poema puede con el suicidio
y los perdidos bocetos de la pintura que la lluvia decapitó.

El tiempo es un topo que se lleva bajo tierra
a la cabellera de nuestros actos,
al marinero del pensamiento
y la vereda anaranjada de aquellos juegos.
El sueño y sus antojos
pueden nombrar a las confundidas madre selvas
y tal vez vuelvan a florecer.
Una extraña a las estaciones de la niñez,
y acusa a los momentos que despeinan al recuerdo.
Comprende que el único destino del que añora es escribir.

LAGO RAPEL

La llaneza del oleaje
son los estribos del lago.
Allí los ocultos decires
de aquellos que fueron
impostergables poetas
en la sazón de lo visible.
Ahora los bosques de pinos
distinguen el resuelto vagar
de sus perdurables palabras,
esas que retozaban
entre los cerros del silencio
y los anhelos del viento.
Suele ser renovada sentencia
entre las aguas y los patos negros.
Los hombres que pactan
con el destino fugaz de los sonidos
escuchan y crecen
con la señal de los árboles
trepada al despertar de las ansias.

GATO Y MANTEL

Se peina la noche en el singular ánimo
del gato que sube la muralla
y ebrio de fina luna
enamora al amanecer,
con los vocablos que huyen
por techumbres sorprendidas.
Son emisarios del rubor.
Cautivantes profetas enlodados de estrellas.
Y el día pone el mantel a cuadros
oloroso a decencia,
el de los abuelos
que resistieron con porfía y dulzor,
la edad temblorosa
y la de abrillantar los ojos
con sólo salir en busca de un nuevo sol.
Cuando se afinaba el hambre
y los hijos demoraban el juego
inclinando a los canales inolvidables,
por donde un navío de papel
enérgico flotaba,
amarrando al aburrimiento
atragantado de ternuras.

VOLCAN

Surge el volcán en otoño
y soy una legendaria transparencia
entre la erupción de palabras
que se van derramando por las laderas del día.

ATARDECER

En la cabeza del cerro
la luna husmea al atardecer
y nosotros como garzas mojadas
reunimos la medida del sauce
y el sortilegio acuarelado del río
que trota con los salmones
hacia el nacimiento de toda quietud.
Las piedras que suavizan la eternidad
enalteciendo el calor de la siesta
lo postergan y con él mitigamos
la inclemente historia que aún nos lastima.
Mientras el itinerario de los caballos
entre los yuyos en flor del pedregal,
alumbra con la brisa de agua dulce
ese campanario desde donde nuestros países
aparecen con el semblante escampado.
Los corrales sin el desenfreno de sus habitantes
aguardan como los nítidos aromos
y la custodia de las zarzamoras
el arribo de la noche.
Hilamos la virtud de estos álamos
que desenfadan tiempos sin enmendar
con el cedazo de los vuelos,
y el puente distante
es una cristalina idea,
un silbido que nos penetra
en este concilio de aves y relinchos.

AQUELLOS QUE FUIMOS

Recuerdas.

Una carcajada preñada por la inconciencia.
Entonces los adagios eran sólo el mar alisando la roca.
Con él acurrucábamos la palabra en la memoria
y el espacio era un aliado de perales,
húmedo de volantines que escaparon a tiempo de nuestras
arenas.

Abolimos con rostro de vides la mentira que agobia
y en la cabellera ingenua de los ciruelos
encontramos la certeza del amor combativo.
La magia infinita de las sombras fue quien nos enjuició
y es por ellas este suspiro que nos libra de las crueles dudas.
Un espejismo alado en la encrucijada de los credos
nos puso en guardia,
tantos grises besos mojaron los pañuelos del arco iris.
Ay la nostalgia sorda, intrusa, añosa.
Cómo sobreponernos a este don de náufragos
en el umbral helado de tantos desaparecidos.
Un pensamiento sólido, bruñido, vocero de horadados brillos,
nos entrega a todo lo descarnado que tuvo haber sido.
Recuerdas.

El absoluto se discutía en todo rincón abierto a las ansias,
en los diálogos amarillos,
los que ordeñaban al mineral de la justicia.
Y así de golpe, enarbolando un soplo,
una querencia, sin callar las espinas,
desenredando banderas en el límite de la luna,
fundábamos candelas, noblezas, refugios,
borrando de un empujón la letra del tirano.

Aquellos que fuimos
retornamos en la tibieza del pan redondo,
con el código de las lágrimas bien vertidas,
las que escucharon largos amores.
Hablamos de nuestras manos
transpiradas por aquel sabor a hinojo
que se nos subió por las piernas,
sentencia que dulcificó frente al mundo
el corte indiferente de los días,
construyendo con la sangre del pensamiento
la ceremonia de la alegría.
Descubrimos el dolor de la madera en algunas fragancias
del otoño
y el barro nos arrimó a su orilla.
Entonces sanamos asombrados y encendidos

en su romance siempre novedoso con la flor que recita
esperanza.

Y nos salvamos descubriendo olores viejos,
sumergidos en la noche de los inventos.
Con los sentidos alertas nos delató el placer.
Y hoy nuestra forma de ser
se refresca en la figura que argumentó aquel presente,
tal vez porque siempre supimos guardar el sonido
del río que fondea en la historia innombrable,
ese que baña a la sirena oculta,
el que nos lanza a florecer en la novedad de los gestos,
y en las razones de la mirada,
en el traspaso vertebral del arte, del amor, de la vida,
como un niño que olvida que es muy tarde
y corre detrás de un perro que le ladra a la lluvia.

EL PAN

No te mueras.
Tu paso inclinado
nos endereza el día
y le das templanza de luna
a nuestras noches.
Te espera el aljibe de los momentos
que nunca bebiste
y el candil de la vida
aún desea brillantar tus ojos.
No empieces a despedirte.
La tibieza arrugada de tus manos,
la dureza añeja de tus uñas.
Tu voz de paloma vieja.
Tu sol barredor de caídas
debe acomodarse en tus huesos
y salir a buscar el pan que siempre
fue una canción en tus venas.

CONTEMPLACION

Mis ojos salen al centro de la contemplación
y se quedan allí sentados
con la salud entera de la rosa
que originó esta mañana.
Entonces con la visión
sin vidrios, sin historias contadas,
ni penumbras piadosas,
el poema no tiene disfraz,
es la voz sin recuerdo de la mirada.

CALEIDOSCOPIO

La salud de los aromas
son los brazos del verano,
que seducen en penumbras o con luces
al circuito impecable de nuestro deseo
y a los gorriones ardientes
que resucitan migas de frescura.
Ellos aletean entre las pestañas de los sueños.
Noche y día
volvemos abrir la desocupada jaula.
La enredadera libertaria
la atraviesa inmutable
y el perro viejo endulza su mirar
en los dictados del tiempo.
Por la espera que retrata caleidoscopios
regresamos a nuestra vocación urgente de ver al mar.
Y por las uvas que tañen a los sentidos,
conversamos en el naufragio
que impera por las tardes,
con la imagen convincente de faldas desmayadas
y barbas trovadoras
templadas en besos inesperados.

AMAUTA

Veinte años
enhebrando el aroma de las quenas
con el viento y las puertas,
que nos confiaron los antiguos hombres
de estos valles y volcanes.

Veinte años
dibujando la fogata del silencio
que nutre con paciente latido
tanta leyenda y permanencia.

Veinte años
de cuerdas como señales
entre las acuarelas de estos cielos,
vibrando por las manos
que se hunden en el mágico barro andino
para escalar tonalidades
en el planear de un cóndor
y en el telar de nuestra memoria.

Veinte años
de buscar el sol
en la palabra que perdura
porque es camino de maizal,
ese que siempre arropa al futuro
con las semillas de un pueblo
que resiste por su canto.

Veinte años
alumbrados por los minerales de la percusión,
mojando el sentimiento
en los pasos imborrables de aquellos maestros
con mensajes de pedernal.

Veinte años
seduciendo el oído por los teclados del agua
que inventa otra vida,
cuando retorna empapada de sonidos
para modelar la única vasija
capaz de guardar el tiempo de la música.

AZOTEA

La agricultura de tus dedos
me devuelve a la canoa
con destino de cresta amanecida.
Allí escribo las hazañas
del duende andariego
que pastorea entre los tintes de tu labor,
olfatea los presagios
y sin contratiempo los confiesa,
con las municiones cuerdas de la floresta,
semblante veraz de una religión sin desgracia.
Duende sagaz,
con su caudal abrevia las cicatrices
cuando reverencia a los mapas de la lluvia.
Desde la fiereza de su razón
y el amparo azulado de su aventura,
nos encontramos en la azotea
del ayer agudo que airea y dulcifica
a las venas actuales,
preñadas escaleras sin derrumbes,
para labrar el pecho venidero de otro principio
que desmaye a los tules malsanos
y aproxime a los cascos intensos
del libro que horada sin intrigas,
sólo fragua la residencia terrestre de la luna
con las migas puntuales del ensueño.

TRIPULANTES

Desde el desierto
llegamos a la orilla del mar
siendo tripulantes de la leyenda rústica,
fugitiva del invierno,
que monta con el estilo de los colores
acostumbrados a guarecerse del olvido.
Acariciamos a la arena
que con la gravedad de cada grano
rezonga por las vacilaciones
y la palidez del andar.
Entre el linaje del viento
en la estatura del primer día,
abandonamos todo quehacer
que entumece a nuestra libertad.
Somos salvajes actos marinos
en desnudez salada y joven
bebiendo al sol sin culpa,
con la agilidad de una marea amante
y el planear crepuscular
de una gaviota y su aventura.

ABRIR

Abrir otro año debe ser
abrir las semillas de lo penetrante,
pactar con el sol del invierno
bajo un prólogo de cortesía
y sorber lo necesario en la siesta sofocante.
Nunca el dejar sin pausa
las manos sobre el hielo lastimoso
puede ser el compendio de nuestros años.
Cumplir con el rito puntual
de quitar las cáscaras a ese día
que huele a taza con chocolate
volviendo de la escuela
es interpretar, descubrir y mostrar
con ojos de mañana sin arrugas,
el retornar al patio
que siempre nos recibe
con las baldosas que reflejan
al triunfante y añejo designio del arte.
Amparar el pulso de un año más
con nítida firmeza,
es desentrampar al norte de nuestros oficios,
aquellos que apellidan
al nudo melancólico del origen.
Mientras uno anime gruesas correspondencias
con los huesos de su tiempo,
la clemente comarca
donde los violines son llaves diarias,
imprescindibles y francas
trazará el renglón que nos salve
de la muda y blanca soledad.
Encender los años con la leña que los resguarde
es alejar al impostor
y complicarse de gozo
respirando las virtudes que desnudan
a la médula de la madera.
Porque uno debe abotonar su memoria
al cumplir años
y salir a mirar los árboles
con la lealtad de las nubes como ojal propicio,
para no quedarse en el andén
cuando alguien alcanza el fondo de la injusticia.
Debe recoger al trigo de la música
y navegar por la techumbre de las nobles formas
para arrojar a la mentira
por el barranco de la palabra que se espera,

así no podrá despojarnos
de la creencia más clara y dichosa,
el prodigio de un nuevo día.

VOLUNTAD

Ante la renguera de la energía
que se tutea en los andamios de las heladas
con las mortecinas astucias de lo inútil.
Ante lo perdido
y lo vulnerable.
Ante lo insensato
y lo deplorado.
Ser inventor
desde la majestad sutil
de una jarra que derrama
esforzados placeres
en la escena cierta
de las sirenas que no enloquecen
al Ulises que puebla nuestro coraje.
Ser intérprete del poniente
con el dulzor de una dentadura
sin nieblas solitarias,
apegado al tinte de la voluntad
que las aves germinan en silencio.

CREAR

Crear con la luz en las ventanas de la piel una cumbre de sucesos,
para regresar a la pasión acuática
de ser nube entre las alondras de mi nostalgia.
Un encuentro con el cielo del manzano sin tiempo,
que deletrea sus flores cuando visito a la niña que fui
y aún compagina prados con las campanas de sus vestidos,
por adivinar dulzores, nada más que dulzores.

MI PADRE

Vigoroso y frugal
es lumbre de lealtad.
Con la frecuencia de la savia
conforta los momentos
lindantes con la vacilación.
Una hacienda de franqueza
es su candelero
y con él arriba
para reñir sin congojas
contra la turbulencia
y la perversión.
Experto portal
de evidentes sazones.
Él trastorna
al tiempo demente
y con natural levadura
lo libra
para volverlo tan inofensivo
como hojas de otoño,
las que serán harina
de hechizados poemas.
Mi padre
es un columpio heroico,
por su favor
venturosas espaldas
enderezan a esta vida.

HUMO

Genio confiado de alondra
y óleos ingenuos del retorno
para nuestros alientos,
por la riña huesuda
que suele cruzar sin luz
con las cuentas de la imprudencia.
Ojo tostado del viento,
rosas detrás del hielo
y multitud de letras
arañando al silencio,
porque la vida
no es la estaca tiesa
ni el perro con paso de abandono.
Madera olorosa a manos
que escriben si alimentan,
día con rostro lavado
y niño en la enramada
que una vez al año
enciende la veraz mirada del fuego,
ante el robo quebradizo
de nuestras aún tímidas
levaduras amorosas.
La amistad de la savia
que aguarda junto al riel de las promesas
a la golondrina leal
para descorchar tanta tersura.
Por lo diminuto
que lleva la sangre de cada gesto
y por lo ilimitado del horizonte
en los ojos cabales de un gato,
la existencia nunca debe astillarse
como el polvo del no atreverse.
Ella reina sin trapos condescendientes
en el tejado impecable
del riesgo y los sueños,
con herramienta propia,
esa que corta las alas
cuando es preciso detener
los latidos del agobio
y modela con la arcilla
del viaje impostergable
los pies necesarios,
para llegar sin tardías flores
hasta la puerta
que permaneció entornada,

alguien siempre
encomienda el humo de sus momentos
a la franqueza del aire,
que traducirá con sosiego
el mensaje virtuoso que se espera.

TIESTO

En la plenitud del tiesto mañanero
caliento a mi acumulada manera de querer
y de permanecer con los oídos
en la declamación de los gorriones,
que se protegen del anonimato
saludando a las migas
que les recuerdo en el patio.
Tal vez el invierno con sus medallas
de quietud y trizadura
pueda con la vegetación de mis cartas,
las que aguardan como glicinas frías
el andar de otra suerte,
con labios que avicen a las abejas
de la respuesta para olvidar,
que fue largo y triste
este anciano juego
de sentir al sol
en las sombras arrepentidas.
Saco mi silla
y la tibieza es un chal de herencias
sin discordia,
con la distracción de la mujer
que escucha tangos
y cepilla su condición de fruta.
Estoy en el balcón mordido
por el milagro de lo que crece
a pesar del cansancio
que mutila con heladas tenacidades.
Aquí con el mapa de la poesía
en mi regazo tranquilo,
aumentó la compañía
de una soledad tan indispensable
como el variar de estaciones
y con las fotografías deslenguadas
del paisaje que me hace señales
como el pañuelo del viaje,
voy desatando un virginal humor

que permite confesiones, pedidos
y oportuna madurez
para agradecer los leños prudentes
en las brasas de tu silencio y su agricultura.
Con estos tragos de asombros
vuelvo a ruborizar los placeres
en el potrero donde los muslos
eternizan la moral de la sangre,
mientras menudas historias
vecinas aquel tiempo
de esconderse con las pelusas
debajo de la cama,
asoman sus pezones
para dar salud al destino
que suele respaldarse
dando manotazos a tanta fragilidad.
Con los pulmones de la yegua
que atraviesa las penas
sin perder por ello su conversación
con las criaturas callosas de la libertad,
desahogo con rudeza
mi avidez con fortunas salvajes,
de justos pastizales
donde tirarse a nacer,
con el concierto humedecido
por el alba parturienta
de ingobernables ternuras.

ALELIES

Primavera en las alielies de la mirada
y en ese crecer de alas
que sólo pueden darle vuelo
los dichosos pájaros del alma.
Aromas con teclas,
esos que mojan con sus historias
a nuestra música escondida.
Se escucha un verde nuevo
para poder salir al brote y al color.
Vibran a nuestro costado
las abejas que seducen al polen solitario,
por ellas sorbemos en un instante
los encantos de septiembre
y cargamos en la piel
las caricias bienhechoras de la naturaleza.
El amor nos toca el hombro
preguntándonos si recordamos.
Cómo olvidar su brisa,
sus helechos y esa justa palabra
que necesita nuestra nostalgia.
Vamos con la mente florecida
por una huella de verdades,
sin cortar los anillos
que nos dictan los tonos fieles
del cuadro que nos retrata.
Primavera con los cabellos sueltos
y el paso como gacela
para encontrarse con el sabor
que nos abraza después de los años,
porque siempre estuvo allí esperándonos.
A beber hasta la clave del silencio
para poder ver en nuestra desnudez
la escultura intacta de la vida.

Y SI MUERO

Y si muero,
con mis palabras
lleguen a la orilla de un niño
para que asome una sonrisa,
tal vez un tren con ida y vuelta
o quizás una cita
junto a la planta de lilas
que me cautivó desde entonces.
Palabras
para que se nutra la esperanza,
junto al plato que siempre espera
el vapor de lo verdadero.
Mis hijos saben dónde hallar
todo aquello que silenció.
Y vos sabrás
en el decir de tu río,
el que nunca estuvo lejos,
empapar una y otra vez
la testaruda poesía de mi vida.

CHE

Tal vez,
porque nunca estuviste enterrado,
en el hacha y en el árbol resuena tu silueta,
tu dignidad de hoguera,
tu osamenta,
venturosa del porvenir de cada pueblo,
se vislumbra en la cordillera.

LA GENTE SENCILLA

La gente sencilla es la que se anima abrazar fuerte,
aunque los años hayan creído robar el sentimiento.
Uno con esa gente vuelve a izar la simpleza
y la sirve junto al almuerzo
con la mente sosegada y el corazón en vuelo nuevo.
Ellos con su diaria alegría recogen la desazón
para romperla como a un cascote
y volverla útil en la labranza,
hay que asegurar semillas y sabores.
Gente de buen mirar, de ancho decir
y de insobornable querer,
hacen que la vida vuelva al surco del sentido,
Ellos saben que aunque se tire tierra
a los ojos o a los lechos,
la brisa de la voluntad bien dirigida
pondrá cada partícula del mundo en su lugar,
pondrá polen de sueños en el sentir.
Y uno debe volver al camino que lleva
a las casas de la gente sencilla
para saber madurar con el paso del tiempo

DESNUDA

Desnuda en la mira sobresaliente
de un submarino,
la mujer es la perspectiva del poema.
Así arden de improviso
las vértebras de la seguridad
en una agridulce incertidumbre.

SALTO DE LAS ROSAS

Y San Rafael fue la libre siesta
de nuestras pequeñas estancias
en la casa que apartaba al miedo
y desvestía a la dicha,
para que se mojara tranquila
en el Salto de las Rosas
que amábamos
con la succulencia de aquellos años.

ESCRIBO

Y si no escribo
la fría soberbia del tiempo se apodera
de mis inconfundibles venas de pino.
Porque entre la esencia del verde
que no abandona
y anima antiguas historias,
yo permanezco fragante
aunque haya visto
tantas estrellas en infelices naufragios.
Me han concedido las aves
un mensaje de luz,
cuando se hace el día
ellas saben que contaré el ajetreo
de tanta lágrima asilada
en el aljibe del silencio,
las que esperan que las delectee.
Ellas saben que con la tersura
de los encuentros más fugaces
haré un collar
que dé tonalidad algún poema.
Entonces escribo
para poder dar aquello que cociné
con las hierbas que meditaron
junto a la emoción que busca a la luna
para poder dormir tranquila.
Dejo con mi letra
lo que me confió el ojo del viento,
ese que suele ser testigo
de corazones que amo.
Y si no escribo quién hará la crónica
de tanto sueño que desde niña
me rapta y me lleva
a la barca enamorada del mar.
Quién se quedará
en el altillo de las nobles herencias.
Quién andará repartiendo el olor a hinojo
y quién tejerá
con la ternura que a ella le negaron.
Debo confundirme entre las vías
que hoy están mitigando
su quietud con las malezas
y escribir el andar de mi gente
aunque permanezca sentada
oliendo las glicinas de la primavera.

JARILLA

El olor a jarilla es el poderío de mi tierra.
Jarilla entre las piedras,
doncella que emerge entre la dureza
con su vestido fragante de fríos,
los que salvan a la soledad andina,
impecable y soberbia en su antigüedad azul.
Jarilla que seduce a mi palabra
y la sazón entre su agreste corpulencia,
ramaje enredado y su joven manera
de mostrar un rostro de abanicadas y resinosas hojas.
Jarilla montañesa, olor nutrido
en la veraz sequedad pétreo de mi tierra.

PIEDRAS

Hay piedras con lucidez de perfume.
Son las inefables defensoras de la poesía.
Con ellas en mi puño soy imbatible.
Piedras con historias virtuales
que amanecen en sus caras.
Me vuelvo en sus líneas
cartógrafa de encuentros
que conducen a la dimensión de la libertad,
a perfiles de luna pasionaria
clavada en el pecho mismo del abrazo azul.
Hay piedras como rosas de bravura.
La borra de los amores
tiene en ellas su circuito.
Son las que se tragaron
sin que nadie lo advirtiera al mar.
Por ellas mi vida
cobra liviandad de pluma.

PENETRACION

El animal primero del oleaje
sube por mis piernas
con su inicio de hielo mineral,
para transmutarse con los momentos
de entrega a sol entero,
a luna compañera
en penetración nacarada.
Y ese derrumbe de sonidos,
esa costumbre espumante
son las estaciones verdaderas,
donde se arrincona mi alma
y encuentra su verdadera obligación:
ser arena que se desprende
como entre dedos de los caprichos del dolor.
Debe mi cabeza guardar
a este gigante huerto de vaivenes salados,
sus rocosos huesos estallan
con las únicas aguas del planeta
que me complican la palabra,
hasta hacerla pluma perdida
de pelícano esperanzado.

PORTUGAL POR TU OLEO

La sombra del tejado asemeja
la capa que arroja la confesión
de tanta espalda indomable.
Es en ese caudal de calle
donde la inclinación de las hazañas
son casas sobre casas,
quizás por la embestida de colores
ellas se calzan hasta con aquel soplo
que alguien libro
no una seña gentil.
Desde el altillo anchuroso de intimidad
aciertan los amantes
con el tiempo aventajado
por los azahares de las caricias.
Son ladrillos de valientes romances
y por ello cada ventana
da sus pechos abotonados
para que retumben en los cuartos
las herraduras que ahuyentan soledades
enhorabuena con las lenguas del amor.
La trompa de los refugios
pintada con las paces duraderas
de la gente que escarba
en las entrañas sin maltratarlas
da nombradía a este lugar del mundo,
donde la paleta
es una sementera de encuentros
con la luz del azul, del terracota,
del orgullo blanco y del limón que aguarda.
Aquí está el balcón
de la mujer sin tardanzas,
la que deja sus huellas horneadas
en el sonido duradero de cierto pincel,
ese vocero del óleo,
subido al arado del humo
que arremolina la pequeña chimenea,
es un paño que llama
al toro de nuestra imaginación.

VEINTE SUEÑOS

Resplandor de las cucharas en la huella inabordable,
por los ladridos de la carne.
Hondura nutrida en la brevedad cotidiana.

Vigor de las campanas,
en la idea
que hace a las ventanas,
mira por ellas y se va volando,
aliada con lejanías, tejas y ausencias.

Resonancia del verano en la gracia que navega,
desmoronando frías pisadas.
Gestos de la fruta mordida
en el color de las mejillas.

Homenaje del girasol,
en los cuellos
que enhebran al levantarse amaneceres y verdades,
y en el paraje del trabajo
opacan aturdimientos con collares perfectos.
Son los célebres artesanos con raíces luminosas.

Navajazo de la interperie
en la frontera del amigo.
Precio inesperado, liviano,
en el discurso valioso e infinito del coraje.

Acantilado de las palabras en el obsequio del amor,
cuando los balcones son poemas y los poemas son naranjas,
que dan de beber al sol.
Un sol robusto, vacío de negación.
Hebras de la noche,
que se refriegan en el carbón cuando éste se prende,
y da ramos de encuentro.
En la limpieza del cóndor
y su planear florecido de embrujos.

Sordera de la luna.
Elegante puerta
al sueño corpulento,
a su bahía de acordeonistas,
que nos hacen merendar sin apuro delicias antiguas,
y de estos tiempos.

Leyenda de los huesos en la energía de las penas,

en la silla del abuelo,
y en la deuda,
que nos deja todo recuerdo.

Océano de las cartas en el viaje del olvido,
que en el secreto de lo fugaz
escribe sentencias sobre los que no están.

Espesura de los momentos
domadores, tinajas,
sementeras de nuestras vidas,
las que sacuden la hojarasca,
de tanta tristeza,
y lucen una pelambre cepillada ahuyentando el zarpazo
de la tragedia,
sorbando las buenas sombras,
que toda pluma hospeda.

País del riesgo,
declaración de la caña,
que aprendió de la garganta de los vientos
el canto vegetal del planeta.
La gota que riega siglo tras siglo,
el jardín laborioso de la libertad.
Respiración de los zapatos
que en silencioso romance con el horizonte,
andan lamiendo el corazón,
y queriendo así borrar arrugas.

Brillo de la lucidez,
perfecto verso de lo humano,
intima corona que en concierto solitario,
da sentido al caminante que avanza a pie,
con sus manos,
al calor de un mundo,
andando por ver,
la historia cierta y la ensoñación.

Oídos de pájaros,
abismo de los hombres,
latitud del encanto donde la ternura,
es indescifrable.
Y el cofre del silencio
bota sus cerrajes.
Claves que brotan,
el vuelo de la música.

Caracola de humo en el otoño que transcurre,
junto a la vía del pueblo atardecido.

Juego en el aire.

Dibujo del nombre,
que llama a las nubes y enamora a los ojos,
que se abandonan en su fantasía desterrada.

Tazones con tibiezas en el mesón verde y,
de los verdes pensamientos perdidos y hallados,
en la pasión de las hojas y los peces,
Y en la pausa que ausculta el porvenir de los niños,
esquiladores de la maravilla,
tejiendo en la cadencia de las luciérnagas,
vida,

Siempre vida.

Limón de la tarde,
paraíso detenido en el juego de las miradas,
en la fragancia de sus lenguajes.
Sueño amarillo donde se frota la frescura
y comienza a parir, luz,
sólo luz primera de cristales y purezas,
limpia luz entera,
donde la puesta de sol se unta de semillas prodigiosas.

Memoria de los pinos en la piel de las muchachas,
que conjugan ansias,
con la cabellera perfumada de los bosques azules,
y en la caricia incansable,
del plumaje que siendo testigo se pronuncia
en saludable cómplice de esperas tenaces,
y en felices rupturas.

Bolsillos marinos en la voz del que canta,
con el metal del alma y lo bruñe
con el sentido don de aquellos que sudan
sueños y amores mientras el día sucede,
añorando penumbras
ociosas,
voladoras,
para entregarse a las aguas de los libres matices.
Besos y canciones.

Taller del poeta,
maizal planetario,
herrería de los inventos,
donde la temperatura del genio hace cumbre sin saberlo,
y lleva sin culpa la pasión en el sabor,

en el olor de su tierra y sus granos.
Una amada boina,
conocida y penada, gozada y añorada,
y una bandera de arco iris,
que lo vuelva, mariposa,
en el capullo de los sueños.

EL ULTIMO TREN

*A mi Padre.
Al Padre de mi Padre,
mi Nono Vicente*

Espiaba el reloj con temor,
hurgaba en el humo de las idas y venidas
su pacto con el tiempo;
el humo que amó como estandarte en el siglo de las huellas,
testigos bruñidos del hombre que por la ventanilla,
era un pueblo en sombras,
ante la vocación de la inclemencia,
y suicidando gritos era el corazón
brotando de los pasajeros que pestañaban contra la muerte.

El mismo hombre que esparció las migas de la maravilla,
cuando la noche le abría los ojos en las letras movedizas
del camino.

Hoy,
con latidos de tierra abandonada,
se queda parado en la estación,
y entibia la espera
buscando por última vez,
aquel lenguaje en la distancia que acerca el partir,
el andar
y el llegar,
allí donde la fortuna es un encuentro.

Espiaba el reloj con temor,
y por la sangre de sus rieles corría la herencia laboriosa,
de cada ferroviario que lo vistió de azul.
Oyendo la agonía de sus ruedas los veía como son
fieles quebrachos del país,
fraternal en el andén inconfundible de la historia.
Lo humano le dió el concierto de todo viaje,
y la mano del olvido,
del poder

le baja la barrera a tanto llevar,
a tanto mirar
y a tanto abrazar.

El siglo no perdonará este duelo oxidado.

Las vías son venas sin campanas,
sin pañuelos ni equipaje.

Son la pena sin entierro de este último tren.